

CAPITULO VIII.

DE OTRA MISIÓN MUY IMPORTANTE
QUE HICIERON

LOS PADRES LENGUAS DEL COLEGIO DE TEPOTZOTLÁN.

Si hubiéramos de escribir aquí todas las Misiones y evangélicas correrías que los Ministros de doctrina de este pueblo de Tepotzotlán han hecho, por haber sido muchas en número, fuera exceder de los límites que yo en esta historia pretendo guardar; pero con todo, no se pueden dejar de referir algunas que en calidad fueron muy señaladas. Una de estas misiones de grande importancia fué la que hizo un Padre de este Colegio el año de 1597 al partido de Zumpahuacán á petición de sus Beneficiados, con ocasión de haberse descubierto en él grandes dogmatistas y maestros de todo género de superstición en la adoración de los ídolos. Es este partido en el Arzobispado de México, pero algo apartado y á trasmano, y aunque tenía por pastor un Sacerdote celoso y devoto, no había podido prevenir todos los daños, principalmente estos que tan cubiertos estaban; porque fiado de lo bien que acudían los indios á las cosas exteriores de la religión cristiana, como es Misa, sermón, doctrina y catecismo, y también á los sacramentos, y que junto con esto eran la gente más quitada de vicios de carne y embriaguez, que había en muchas leguas á la redonda, no hizo tanta diligencia en enseñarles la vanidad y engaño en la falsa adoración de los dioses fingidos que sus antepasados adoraban, y esto causaba mayor lástima á los nuestros, que gente de buena capacidad y tan bien doctrinada en lo demás, hubiese dado en tan grande ceguera, que juntase la luz con las tinieblas y á Cristo con Belial; porque de tal manera conservaban estos los ritos de su antigüedad, que juntamente adoraban á Cristo Nuestro Señor y á su Santísima Madre y á los otros santos; pero todo lo que pertenece á cosas temporales de su salud, riquezas y otros buenos sucesos, casi siempre los reducían á la providencia y beneplácito de unos ídolos que ellos hacían y traían consigo, y en medio de los fardos de sus mercaderías y entre el maíz de sus trojes, y finalmente, donde deseaban el favor y ayuda de sus dioses allí los ponían y adoraban; también en los cerros más principales y nombrados, entre los cuales tenía buen lugar el volcán y Sierra Nevada, diez y ocho leguas distantes de su pueblo, diciendo que esta sierra habitaba la diosa de las mieses, que la idolatría romana llamó Ceres, y ellos la llamaban Chicomecoatl. Tenían por muy principal Dios al fuego, ofreciéndole sacrificio de incienso y otros perfumes propios de esta tierra, llamándole Dios Padre, conservando el antiguo nombre que tenía, y como ya habían oído predicar que el Espíritu Santo vino debajo de apariencia de fuego, llaman ahora al mismo fuego Dios Espíritu Santo. Otros, antes de llevar las criaturas á bautizar á la Iglesia, hacían ellos en casa sus bautismos bañándolas en agua en presencia del fuego y con el nombre que recibían en el bautismo juntaban algún otro supersticioso de sus dioses. A este modo profanaban los demás sacramentos, pero era grande el recato con que andaban por no

ser descubiertos, guardándose mucho de los mozos y doncellas por el peligro que tenían de que estos los descubriesen, y cuando se determinaban á manifestarse á alguno que les parecía capaz de su doctrina, amenazábanle con la muerte que sus dioses les darían si descubriese algo ni aun en confesión, y así todos sus conventículos se hacían de noche y en lugares muy secretos, de manera que en todas partes tenía el demonio prevenidos los inconvenientes; esto era en suma lo que se ha descubierto, que hacían los idólatras disimulados, y según se entendió cundía por muchas partes, y éste era el estado en que estaba este partido de Zumpahuacán, cuando á él llegó un Padre de Tepotzotlán con un Hermano estudiante, entrambos lenguas mexicanas, aunque de allí á poco en lugar del Hermano fué un Padre de San Gregorio de México, y así los dos Padres por espacio de dos meses y medio que duró la Misión, trabajaron mucho en remediar este tan grande y universal daño, dándoles Nuestro Señor particular gracia para atraer á sí los indios con amor y blandura, asegurándolos que no se procedería contra ellos con rigor, y que sólo se pretendía su desengaño y reducción á la pureza de la ley de Cristo que habían profesado en el bautismo. Con esto ellos se quietaron y acudieron á los sermones y doctrinas con mucho cuidado, por lo menos tres veces cada semana y cuando ocurría alguna fiesta, eran cuatro. La materia de los sermones era según pedía la necesidad presente, haciendo mucha instancia en la obligación que tenían de descubrir todos los cómplices de este pecado, lo cual hicieron ellos de buena voluntad, sin perdonar los padres á los hijos, ni las mujeres á sus maridos, antes ellos mismos se venían á manifestar y pedir perdón de sus errores con mucho deseo de ser instruidos en la verdad. Porque aunque comunmente no pecaban de ignorancia, á lo menos teníanla del modo con que habían de honrar al verdadero Dios y acudir á Él en sus necesidades. Dióse traza y fué muy conveniente que el Beneficiado no confesase á nadie en todo este tiempo por el peligro que había, que no se le descubrirían en la confesión los que le tenían por juez en el fuero exterior, con lo cual cargó todo el trabajo sobre los dos Padres, y fué tanto mayor cuanto las confesiones por la mayor parte fueron generales, y para más convidarles á esto y á que entrasen en devoción, se les publicó el Jubileo que para las Misiones concedió nuestro santísimo Padre Clemente VIII, y era para dar mil gracias á Nuestro Señor ver cuán de veras se procuraron aprovechar de aqueste medio, porque se confesaron todos los del partido grandes y pequeños, y comulgaron de los más capaces más de mil ciento. Hiciéronse en este tiempo tres procesiones muy solemnes: la primera fué día de Todos Santos con el Santísimo Sacramento desde las Iglesias hasta una ermita que distaba de ella como un tiro de arcabuz, cuya advocación era de la limpiísima Concepción de Nuestra Señora. Era tanto el sentimiento y lágrimas de todo el pueblo, que mostraban bien cuán de veras habían renunciado los falsos dioses, y convertidos al único y verdadero que sólo puede salvar á los hombres, lo cual ellos pedían por la intercesión de los santos cuya letanía se iba cantando en la procesión, y principalmente acudían al Patrocinio y favor de la soberana Virgen, á la cual daban por fiadora de la enmienda que en adelante prometían. La segunda procesión fué de sangre en penitencia de los pecados, como se suele hacer el Jueves Santo, á la cual no faltó nadie de todo el par-

tido, y para venir á ella de una y dos leguas á la redonda dejaban sus casas desiertas y desamparadas, cosa que puso grande admiración á todos, y más al Beneficiado, que nunca pensó se juntara la gente por ser el tiempo tan extraordinario para semejante fervor de penitencia. Pero no fué menester más que decirselo uno de los nuestros en el púlpito, para que todos acudiesen, y se tomó tan de veras este ejercicio, que reparando algunos en que no tenían túnicas y capirotos para salir á la disciplina, y diciéndoles los Padres que pues el pecado era ya público, también lo fuese la penitencia, ellos se conformaron con este parecer, y sin más reparar, públicamente y el rostro descubierto hicieron su disciplina. Los demás que no pudieron hacer esta penitencia, iban en la procesión con candelas encendidas en la mano, y en la otra el rosario de Nuestra Señora, que no era de menos edificación ver el silencio y compostura de los unos que la sangre de los otros. La tercera y última procesión se hizo en acción de gracias por el buen suceso de la Misión, trayendo al Santísimo Sacramento al rededor de la Iglesia con mucha música y danzas de los mismos niños del pueblo, con que todos se alegraron y consolaron mucho, comenzando á levantar cabeza los que por el pecado pasado habían andado tan confusos y cabizbajos, con lo cual se dió fin á esta Misión con extraordinario agradecimiento de los indios, como lo mostraron en el sentimiento que hicieron en la partida de los nuestros. Este fué tan grande, que las lágrimas que de una y de otra parte se derramaban, no daban lugar á las palabras, juntándose á esta despedida casi todo el pueblo y de dos leguas al rededor, y parecía que el corazón y los ojos se les iban tras de los Padres, según que á porfía se subían en lugares altos, de donde pudiesen gozar más tiempo de su vista, lo cual se tuvo por buena prenda entre otras muchas de que no fué superficial el fruto que aquí se hizo, sino que quedó muy arraigado en los corazones de todos, rogando á Nuestro Señor durase para mucha gloria suya. Halló un Padre cerca de este pueblo una familia entera que se había conservado en su gentilidad, sin haberse bautizado ninguno de ella, porque euando los indios al principio se bautizaron, uno que era cabeza de esta parentela los escondió é iba ocultando á sus hijos y nietos, y todos los demás dandos cuando nacían, de suerte que no se bautizaban, y así los enseñaba en su idolatría sin jamás él ni ellos haberse llegado á oír sermón ni doctrina, porque cuando esto se hacía en la Iglesia, nunca les faltaban achaques con que del todo se excusasen con sus curas, ó viniesen tan tarde, ó que hubiesen de estar tan lejos que no pudiesen percibir cosa alguna que les sacase de su error, y en caso que alguna vez no les era posible esconder algún niño para que no fuese bautizado, le daban por padrinos á los mismos idólatras, persuadiéndose que con el tacto de ellos no podría el santo bautismo hacer su efecto. Con esto hacían sus ritos y ceremonias gentilescas, y sacrificaban niños, como largamente contó el indio que era cabeza y caudillo de esta superstición: éste, siendo ya viejísimo, le sucedió por su buena dicha que una vez se paró un poco por curiosidad á oír á un Padre de los nuestros, que en su lengua estaba haciendo una plática, y parece que le fué contentando aquella doctrina, de suerte que se determinó á oirla más de propósito, hasta que últimamente le tocó Nuestro Señor y descubrió todo lo que queda dicho, y pidió el santo bautismo. El Padre le catequizó y luego le dió el mal de la muerte,

de manera que fué menester acudir con brevedad á darle el santo bautismo y en recibéndole murió, dejando harta satisfacción de su predestinación y dando una memoria de los que él había metido en este enredo, con que después se fué haciendo diligencia para hallarlos y remediar estas pobres almas que tan ciegas y perdidas estaban. Y estas Misiones servirán de muestra de los grandes frutos de otras que por brevedad se dejan. Pero con todo, para gloria de nuestra santa fe y mayor manifestación de los frutos que resultan de la doctrina que se predica en estas Misiones, y con la luz del Evangelio que en ellas se les da á los indios, quedan muy confirmados en ella, juzgué que no había de dejar de añadir el caso que se sigue: Estaba un indio anciano que había oído la doctrina de los Padres trabajando (como él lo contó) junto á unas ruinas de un templo ó sacrificadero dedicado á una diosa en tiempo de su gentilidad, y al punto de medio día vió levantarse una niebla en forma de remolino de vapor hasta las nubes, el cual poco á poco se fué engrosando y extendiendo, y se vino á hacer una oscuridad muy espesa que rodeaba al mismo que la estaba mirando, y dentro de ella le apareció la figura de aquella falsa diosa que antiguamente adoraban, dando quejas contra él y contra su pueblo por haberla dejado, diciendo entre otras estas palabras: Ingratos indios, éste es el pago que me dais por tantos y tan grandes beneficios como hice á vuestros antepasados, los cuales, si fueran tan malos como vosotros sois, los hubiera asolado y no viviérais ahora vosotros en el mundo, con tanto atrevimiento que hasta los muchachos por las calles y plazas hacen burla de mí, mas no se irán sin castigo. Viendo y oyendo estas cosas el indio, como se usa en ocasiones de temores y espantos, se santiguó con la señal de la cruz y comenzó á decir el Credo, y luego delante de sus ojos resolviéndose aquella oscura nube en humo y niebla, desapareció; y contando este y otros semejantes casos los indios, y viendo que con sola una palabra del Credo ó con la señal de la santa cruz se deshacen los embelesos del demonio, se confirman más en la ley del verdadero Dios y los tiempos en que más se descubren estos engaños del demonio, son cuando los Padres andan en Misión, de que tenemos largas experiencias.

CAPITULO IX.

DEL CELO SANTO DE LA SALUD
DE LAS ALMAS, Y DICHOSA MUERTE DEL P. FRANCISCO ZARFATE,
QUE MURIÓ
ESTANDO EN UNA MISIÓN QUE Á PUEBLOS DE INDIOS
Y POR LA SANTA OBEDIENCIA HABÍA HECHO.

Morador era del Colegio de Tepotzotlán el muy fervoroso Ministro P. Francisco Zarfate, cuando fué enviado en Misión á un partido que dista ocho leguas de México, llamado Huitzilulapa, de indios mexicanos y otomites, cuyas lenguas el Padre sabía muy bien, y aunque no era de los antiguos operarios, pero su discreción y fervor era tanto que

se le pudo á él sólo encomendar esta Misión. Ocupóse más de un mes con esta pobre gente, ayudando á sus almas por todas las vías posibles según los ministerios de nuestra Compañía, y correspondió en este breve tiempo tan colmado el fruto á su trabajo, que el mismo Beneficiado, viendo por sus ojos tan breve mudanza de costumbres en los indios, no se acababa de maravillar; dejaban supersticiones, idolatrías, borracheras, y haciendo, como el Beneficiado decía, tantas semanas santas entre año, que ya no había que esperar la Cuaresma para tanta frecuencia de confesiones y comuniones, como veía ejercitar. Demás de eso, en la gente de las estancias había hecho singular fruto, no dejando casi persona sin confesar y darle orden de vida cristiana, con particular instrucción de lo que para salvarse había de hacer; y no era menos lo que todos testificaban de su edificación y buen ejemplo que daba con grande aumento del crédito de la Compañía. En trabajar era incansable, y en su celo tan fervoroso, que el Beneficiado no le comparaba menos que con un apóstol, según que en pocos días acababa lo que á otros en largo tiempo le parecía no pudieran hacer. No cuidaba de sí, ni de su comodidad en algunos achaques que padecía, por entregarse todo á la salud de los prójimos, y á esto atribuían todos el principio de su postrera enfermedad. Porque el día de Pascua de Espíritu Santo, sobre el cansancio de haber oído dos ó tres días antes muchas confesiones, dió la comunión á quinientas ó más personas y predicó no menos que tres sermones en esta festividad, y cuando había de descansar un poco, le llamaron de priesa para un enfermo que estaba en otro pueblo y se quería confesar. Acudió luego adonde le llamaban y dióle un recio sol por el camino, con lo cual llegó cansado y se comenzó á sentir con alguna indisposición. Pero luego el lunes siguiente amaneció con gran calentura y quebrantamiento de cuerpo, y aunque él quisiera quedarse en este pueblo llamado Xilotzingo á pasar su enfermedad, sin dar á nadie cuidado ni otro ruido, quiso Nuestro Señor mirar más por el regalo y consuelo de su siervo, como él miraba por su divino servicio y por el remedio y consuelo de los enfermos que topaba; y así, enviando á la estancia de un hombre muy noble á que se le prestase un colchoncillo, (que aun este pequeño alivio no tenía) el mismo caballero sospechando lo que era, fué en persona por el Padre, y con muchos ruegos le llevó á su casa para cuidar de él con el regalo que su enfermedad pedía. De aquí se dió aviso al Padre Rector de México, el cual, con la mucha caridad que la Compañía acostumbra en semejantes casos, envió luego á un Padre y á un Hermano para que cuidasen del enfermo y le consolasen y regalasen en caso que no fuese posible traerle á curar al Colegio. Caminaron el Padre y el Hermano toda la noche, y á las cuatro de la mañana, entrando el día sexto de su enfermedad, hallaron al Padre muy descaecido, con algunos principios de hervirle el pecho y con una fatiga muy continua y penosa. Pero alegróse grandemente con la vista de los suyos, y no acababa de agradecer la merced que Nuestro Señor le hacía, en que no sólo muriese en tal demanda de emplearse en ayuda de la salvación de las almas, sino que también gozase de la dulce compañía de sus Hermanos. Y así, las primeras palabras que les dijo en viéndolos entrar, fueron: «huélgome que me hallen ocupado en cosas de la obediencia y de tanto servicio de Nuestro Señor, como es el bien de estos pobres indios,» lo cual repetía muchas veces

con admirable consuelo. Asistieronle con todo cuidado y regalo posible, y fué mucho el de aquellos señores que le tenían en su casa, que como si fuera propio hijo suyo le acudían á todo lo necesario por su misma mano. Pero agravándose la enfermedad, le dieron el Viático al séptimo día con grande gozo de su alma, y tan admirable júbilo, que en medio de las angustias de la enfermedad que eran gravísimas, no podía disimularlo; al octavo le dió un accidente tan recio, que fué menester ir por la posta para traerle la Extremaunción del pueblo más cercano, y temiendo el Padre que le asistía que se le muriese sin este sacramento, le dijo que rogase á Nuestro Señor no le llevase antes de recibirle. Respondió el P. Zarfate: esté vuestra reverencia cierto que Dios me ha de hacer esta merced. Así fué, que recibió este sacramento y después vivió otros dos días para mayor merecimiento suyo y ejemplo de su paciencia. Porque aunque en este tiempo nunca se le remitían los dolores de costado, de espaldas y una jaqueca terrible y grande ansia del pecho, y en arrancar difícil y doloroso de la sangre que echaba y otros accidentes prenuncios de la muerte, pero en medio de ellos, conservaba su rostro sereno y alegre que ponía devoción y las palabras que de ordinario repetía, eran: gracias á Dios, gracias á Dios. Poco después de oleado pidió perdón al Beneficiado de las faltas que en sus ministerios había hecho, y un rincón en su Iglesia donde fuese sepultado su cuerpo. A lo primero respondió el Beneficiado, que antes debía ir muy consolado y confiado en la misericordia de Dios, de que sus buenos trabajos, tomados con tanto celo y fervor de espíritu, habían de ser premiados con aventajada gloria en el cielo, y á lo segundo, que se tenía por muy dichoso él y todo su partido en haber de quedar en posesión de tal prenda como era su cuerpo, y poco antes de esto, el Beneficiado y el caballero en cuya casa estaba, habían rogado á los nuestros que si el Padre muriese se lo dejasen allí enterrado. Pero llegando una carta del Padre Rector de México en que ordenaba que fuese llevado el cuerpo á sepultar en aquel Colegio, y oyéndolo el enfermo recibió tal consuelo, que bastara á darle salud si él mismo no hubiera suplicado antes lo contrario á Nuestro Señor, con un ardiente deseo que tenía de ver la humanidad santísima de Cristo Nuestro Señor, á la Virgen Santísima, á nuestro Padre San Ignacio y á los demás de nuestra Compañía, que así lo repetía él muchas veces, y añadió: que había de pedir á Nuestro Señor le llevase á tiempo, que cómodamente pudiese su cuerpo ser llevado al Colegio de México. Todo lo cual nacía de la estimación que hacía de morir en la Compañía, y así fué, que visiblemente comenzó luego á empeorar hasta la última boqueada; pasó de esta mortal vida á la hora más acomodada que según las circunstancias presentes podía desearse para este efecto, que fué á las tres de la tarde, á 6 días de Junio del año de 1597. Juntáronse luego los indios comarcanos, y se aparejó lo necesario para la partida dentro de tres horas.

Aquí sucedió un caso que porque el Padre que le ayudó á morir como testigo de vista lo tuvo por maravilloso; lo pondremos aquí, y fué: que estando el caballero en cuya casa murió el Padre, muy afanoso para acomodar unas andas en que fuese llevado el cuerpo, en el patio de su casa entró de repente sin poderlo prevenir ni remediar los vaqueros, un toro feroz, acosado y agarrocheado que en todo aquel día no le habían podido sujetar ni encerrar, y en viéndose en el patio

arremetió desatinadamente adonde estaba la gente, y llegando á hacer golpe casi en las mismas andas donde estaba el cuerpo del Padre, le alcanzó un vaquero de la cola y lo hizo arrodillar, y acudiendo con la otra mano en que llevaba un cuchillo, le dió en el cervigullo con tal destreza que al punto cayó allí muerto, con que se libró el buen caballero, que de otra manera parecía imposible el poder librarse. Finalmente, el Padre y el Hermano vinieron acompañando al cuerpo con indios de remuda que le traían, y caminando toda la noche llegaron el siguiente al Colegio de México, donde se le hizo el entierro y oficio debido con particular sentimiento y devoción de todos los Padres y Hermanos nuestros, que por su grande virtud y religión mucho le amaban. Tenía este buen Padre y fervoroso Ministro de indios cuando murió 34 años de edad y 16 de Compañía. Había estudiado Artes y Teología con buen aprovechamiento. Era natural de la ciudad de México, donde al presente tenía madre y muy honrados parientes, pero él estaba tan despegado de ellos y tan olvidado de todo lo que es carne y sangre, que antes le era molesto el hablar ó tratar de ellos, como lo mostró muy bien en esta enfermedad postrera. Porque aun yéndole á visitar unos tíos suyos á la estancia donde murió, él se cansó mucho de esta visita, y así en saliéndose del aposento, abrió los brazos hacia el Padre y Hermano que presentes estaban, diciendo: «vengan acá mis Padres, mis Hermanos, mi Compañía, murámonos aquí, murámonos aquí, sin estas visitas y cumplimientos, qué más quiero yo que ver aquí mis Hermanos?» Consuélenme ellos, que esta enfermedad affige mucho; y aunque su madre le había enviado dos ó tres veces algunos regalos, nunca se le oyó palabra que oliese á natural afecto ó sentimiento. Poco antes que muriese dijo delante del Beneficiado y de los Padres: que desde que salió á esta Misión le había dado Nuestro Señor primicias de que había de morir en ella, y cuando se despidió de los Padres para ir á ella se le advirtió esto mismo. También habló diversas veces mucho y muy encarecidamente acerca del ministerio de los indios en que Nuestro Señor le había puesto, y en que moría con consuelo, fundando en eso gran parte de su esperanza. Porque decía que eran grandes las prendas de gloria muy crecida que tenían los que se empleaban con esta pobre gente, y que si en algún ministerio se experimentaba el ciento por uno de la gloria era en éste, y que así él le estimaba en más que otros de cátedras y púlpitos, que lucen en los ojos de los hombres, y que esta verdad se conocía con verdadero desengaño en aquella hora, la cual ya era muy cerca de su dichosa muerte. Con estos desengaños y consuelo del alma murió este bendito Padre y en él fué más edificación por morir en edad en que suelen temer tantos, como porque tenía muy buenas partes para emplearse en otros ministerios más honrosos; pero en los humildes en que lo cogió la muerte, murió consoladísimo y podemos decir que rindió la vida por el amor de Cristo y de sus prójimos en que consiste la caridad perfecta.

CAPITULO X.

VIDA Y VIRTUDES DEL P. PEDRO VIDAL,
INSIGNE OPERARIO EN LA LENGUA OTOMÍ, QUE GASTÓ MUCHOS AÑOS
EN LA DOCTRINA Y PARTIDO DE TEPOTZOTLÁN.

Por remate de lo mucho que se ha dicho del Colegio de Tepotzotlán, acabaré con referir las heroicas virtudes del P. Pedro Vidal, muy fervoroso é infatigable obrero de la salud de las almas, cuyos trabajos pasados por Cristo en la conversión y ayuda de los indios, son muy digna materia de este lugar y merecen la justa memoria que de ella hacemos. Nació el P. Pedro Vidal en Canauta en el Reino de Aragón, en cuya Provincia entró en la Compañía y luego dió muestras del gran caudal de espíritu y virtud que Nuestro Señor le comunicaba, comenzando desde su noviciado y primeros estudios á anhelar á la perfección, disponiéndose para alcanzarla con particulares ejercicios de piedad y devoción, con que encendía y enfervorizaba á los otros connovicios y condiscípulos. El celo que luego comenzó á arder en su corazón de la salud de las almas, movió á los Superiores á enviarle á esta Nueva España á procurarla, habiendo oído sólo el primer año de su Teología que acabó en el Colegio de México, adelantándose en los estudios, no menos que en el fervor y aprovechamiento de espíritu. Después de la tercera Probación, fué enviado á Tepotzotlán á que aprendiese las lenguas otomí y mexicana, que supo y ejercitó con eminencia, rompiendo con todas dificultades y no perdonando á trabajo ni diligencia en esta demanda, con deseo de emplearse todo en servir á los prójimos y salvarlos.

Este celo cada día más fervoroso crecía en el pecho de este varón, y sus llamas que siempre duraban, lo encendían para poner todo su cuidado en el bien y amparo de los indios, en cuyo trato y enseñanza gastó 40 años, dando siempre maravillosas demostraciones de santidad con los heroicos ejemplos de las virtudes que ejercitaba. En el Seminario de San Martín, de que ya tratamos, y tuvo á su cargo más de 20 años, atendía con gran vigilancia al aprovechamiento de aquellos indiecitos, buscándoles el sustento, criándolos en policía, enseñándoles buenas costumbres para que volviendo (como él decía) á sus casas las enseñasen á los suyos: con el mismo tesón acudía á enseñar la doctrina cristiana y catecismo á todos los niños del pueblo que se juntaban en el cementerio de la Iglesia, gastando largo tiempo en vencer su rudeza, asistiéndoles hasta los últimos años casi sin poderse tener en pie por estar su salud muy quebrantada de continuos achaques y enfermedades, en especial de la gota, que le tenía casi impedidas las acciones; pero su espíritu siempre robusto y fuerte para el trabajo no desflaquecía ni se cansaba, porque fuera de la enseñanza de los niños, se quedaba á industrial y confesar á los más rudos, dando trazas como ninguno quedase sin ser ayudado, y lo que más admiración causaba á todos en este venerable varón que conocí y traté muy de cerca y mucho tiempo, era ver la apacibilidad y devoción con que ejercitaba estos ministerios en que más parecía que estaba orando